

también inclinado a la milicia, cosa ignorada por mí hasta entonces. Ya me veía teniente, capitán, heroico, melancólico y suave como un oficial de Alfredo de Vigny. Entre tanto procuré inútilmente dar a Desrais pruebas ilustres de mi afecto.

Una vez leí en no sé qué tratado de poesía griega el epigrama funerario de Amyntor, hijo de Filipo, que murió joven en un combate por cubrir a un amigo con su escudo. Aquello me conmovió; me sentí arrebatado y deseoso de morir por Desrais.

Nuestra amistad heroica se quebró en un momento. Un día de otoño, en el recreo de la mañana, Desrais y La Bertheliere, jefes de campo, escogieron sus campeones para una partida de balón. Desrais alegó que yo era muy débil y poco diestro en ese juego, lo cual no dejaba de ser una verdad evidente, y no me quiso en su campo.

Esta fué la causa de que yo renunciase a su amistad, despechado, y seguro de que no la reanudaría nunca.

Desde entonces me fué por completo indiferente aquel amigo por el cual deseaba morir algunas horas antes.

XI

EGLÉ

—Pedrín está desconocido—adujo mi madre—, su carácter es ahora tornadizo y extraño; pasa bruscamente y sin causa de la alegría a la tristeza.

—Necesita respirar aires puros y correr por el campo—dijo mi padre.

A mediados de octubre, y seguros de que una temporadita de campo me sentaría muy bien, mis padres, que no podían abandonar su casa de París, me buscaron alojamiento en la de un sobrino de la señora Laroque, Isidoro Gonse, agricultor en Saint-Pierre, cerca de Granville.

En aquel tiempo la vía férrea llegaba hasta Carantant. Desde ese puertecito, en cuyas calles tortuosas trabajaban apoyadas en los muros las encajeras infatigables, la diligencia me condujo a Granville.

El señor Gonse me esperaba. Después de haberme invitado en una taberna del arrabal a tomar dos vasos de sidra muy espirituosa que me mareó un poco, me condujo en su carrito al pueblo de Saint-Pierre, donde estaba casado y donde poseía

fértiles prados que le daban mucho producto sin ningún esfuerzo.

Rubicundo, de robusto aspecto, codicioso y bebedor, apenas sabía leer pero conocía las leyes mejor que su notario, y a su modo echaba cuentas mejor que Beroald de Verville. Su mujer, aviejada y enflaquecida, de buenos modales, tenía un marcado aspecto monjil, común en aquel tiempo a la mayor parte de las campesinas adineradas. Su hija Matilde rebosaba salud y era fuerte como su padre; sin el arrebatado color de su rostro y su mal perjeño acaso me hubiera parecido hermosa, y desde luego comprendí que no era necia; pero no me preocupé de tratarla. Tímido y huraño, sólo veía a mis huéspedes durante las comidas, que se prolongaban demasiado en obsequio mío. Las lentitudes de la sobremesa con el café y los licores me fueron insoportables; yo deseaba separarme lo antes posible de aquella gente, volver a mi soledad poblada de figuras de ensueño, y correr por el campo. Se extendía el pueblo a lo largo de la carretera por la parte del Mediodía, y por la del Norte hacia una ciénaga sobre la cual revoloteaban las mariposas blancas, y hacia un bosquecillo con restos de árboles centenarios, que fueron mi delicia. A quinientos pasos del bosquecillo se alzaba, rodeado por el foso donde se reunían al anochecer millares de insectos voladores, el castillo de San Pedro, refugio ya de las cornejas. Se habían desplegado sus techumbres, y las anchas chimeneas

que seguían agarradas a los muros señalaban aún la altura de los pisos. Yo iba al castillo con mucha frecuencia para escalar aquellas ruinas donde cantaba el viento.

Me sentía cambiado hasta el punto de no reconocerme apenas. Durante mis andanzas tumultuosas recibí con voluptuosidad arañazos de las zarzas. Hasta entonces mis movimientos eran tardos, pero me acostumbré a subirme a los árboles, y pasaba muchas horas encaramado en una encina, completamente inactivo entre los brazos duros y gloriosos que aquel gigante alzaba al cielo; o me hundía en lo más profundo del bosque donde, tendido sobre el musgo, me arrullaba durante mis ensoñaciones el sonoro murmullo del follaje.

Una mañana fui a pie hasta Granville, que sólo distaba dos leguas de Saint Pierre. Bajo un cielo brumoso y abigarrado, entristecido por la brisa del mar recorrí aquella tierra donde casi un siglo antes, joven y hermosa, la señora Laroque había florecido como un manzano. Contemplé los viejos muros donde los «chouans» habían clavado sus bayonetas para que les sirvieran de escalones en el asalto de la ciudad. Con los codos apoyados en el parapeto contemplaba las rocas leonadas, la playa arenosa donde las olas depositan algas y despojos entre la espuma que el viento deshace; y aquel horizonte, más lúgubre y desolador que cuanto el viejo Homero nos refiere de la orilla de los Cimeranos.

Entonces mi corazón henchido ya de tristeza y

de inquietud, estalló. Yo gemía y deseaba morir, no por abandono y hastío de mi existencia, sino porque la vida se me revelaba demasiado bella y demasiado acariciadora para no hacerme desear también el goce la muerte, su hermana y su amiga siempre enlazada a ella, y porque yo idolatraba la Naturaleza hasta el punto de querer aniquilarme en su seno. Nunca me había parecido tan admirable. El aire tibio y perfumado entraba en mi pecho; las brisas del atardecer me proporcionaban sensaciones nuevas y estremecimientos desconocidos. El señor Gonse imaginó que me aburría; para divertirme dióme una vieja escopeta y me aconsejó que fuese de caza. Disparé a las cornejas que anidaban entre las piedras del viejo castillo, y maté una. La vi caer con un ala rota; una de sus plumas flotaba en el aire y la seguía en su descenso lentamente; de pronto empezaron a revolotear sobre mi cabeza todas aquellas aves alojadas en las ruinas, y lanzaban gritos agudos que me ensordecían como si quisieran maldecirme. Huí aterrado; mi crimen me horrorizó, y me juré no volver a matar ningún animal del aire ni de los bosques.

Saqué de mi zurrón un Virgilio y lo leí, lo releí, lo canté en mi pensamiento con lágrimas y temblores de admiración. A mis días agitados sucedieron otros días de calma.

Una tarde ardorosa, mientras la somnolencia feliz me invadía, bajo el follaje que el sol taladraba con sus flechas de oro, sentí que una mano se

posaba sobre mi rostro; abrí los ojos y vi a Matilde, la hija de mi huésped, que aplastaba moras sobre mis mejillas y sobre mis sienes, imitadora inconsciente de Eglé, la más hermosa de los náyades, que embadurnaba con ese jugo purpurino el rostro de Sileno. Pero Matilde Gonse, tal vez porque me suponía desprovisto de imaginación, se abstuvo de pedirme, como Eglé al divino Sileno, una de aquellas canciones que seducen a los pastores, a los faunos y a los animales silvestres. Sin esperar a que mi espíritu despertara me lanzó, al huir de pronto, las notas cristalinas de su risa burlona.

BACHILLERATO

En su primera juventud el señor Dubois consagróse a las artes y a las letras. Estudió el griego para leer los poemas de Homero en el original, y tomó lecciones del ilustrę Clavier. Cuando le conocí era un fogoso apasionado del arte y de la poesía antiguas, y se propuso que me agradaran. Algunas veces, inclinado sobre un libro que yo hojeaba, dióme interesantes lecciones que no puedo recordar sin que surja en mi memoria el grupo, tantas veces reproducido, del armonioso sátiro que enseña al joven fauno a tocar la siringa.

El señor Dubois, admirador de Winkelman, me prestó las obras de este ilustre anticuario, a disgusto de mi madre, la cual temía, no sin razón, que aquellos gruesos volúmenes sobre los cuales pasaba yo muchas horas embebecido me hicieran desatender mis trabajos escolares.

Efectivamente, los desatendí. Comparaba al señor Dubois, de gustos delicados y puros y de una inteligencia tan comprensiva, con mi profesor, hombre perfectamente honrado y justo, pero desprovisto

del sentimiento que permite comprender la poesía y las artes; y esta comparación me fué perjudicial, porque a consecuencia de ella desatendí las enseñanzas áridas y sin encanto, cuya utilidad entonces desconocía. Por añadidura, en el colegio todo contribuyó a hacerme el estudio odioso y la vida insostenible. Nunca he podido acostumbrarme al sistema embrutecedor de las recompensas y de los castigos, que apoca los caracteres y falsea las opiniones. He creído siempre que alentar la emulación era encender la discordia entre los niños; pero lo que sin duda me desagradaba más en el colegio era la suciedad ignominiosa de las mesas y de las paredes, las horribles mezcolanzas de yeso y de tinta, que a mis ojos convertían las clases en antros de abominación. Y en invierno, cuando la estufa de hierro se enrojecía y extendía su hedor sofocante, protestaban a una todos mis sentidos, y sólo a través de crueles repugnancias entreveía la belleza o la gloria: Cassandra con los ojos ardientes clavados en el cielo, o el triunfo de Pablo-Emilio. Por esta razón me vi obligado a rehacer más adelante mis estudios, en lo posible, y a rectificar las enseñanzas recibidas. Debo advertir, como excusa de mis maestros, que yo no estuve nunca bien dotado para recibir la instrucción pública y general. Yo no era menos inteligente que mis condiscípulos; acaso mi inteligencia fué más clara que la de muchos de ellos, pero era distinta. Comprendí algunas cosas con una fuerza y una profundidad extrañas a mis años,

y en cambio otras cosas tenidas por muy fáciles no lograban entrar en mi cerebro. Estas desigualdades no se compensaron. Yo era bondadoso, pero esquivo, y desde la infancia mostré inclinaciones de solitario. La imagen de un camino en un bosque, de un arroyuelo en una pradera, me abrumaron con infinitas ansias de amor y anhelos ardorosos, que llegaban a desesperarme algunas veces.

Es posible que en aquel maldito colegio me hubiese aniquilado la tristeza, si no me reanimase la facilidad que siempre tuve para descubrir la parte cómica de las cosas. Mis profesores Crottu, Brard y Beaussier, con sus ridiculeces y sus vicios, se me ofrecían como un espectáculo. Sin saberlo me procuraron el goce de una comedia, y me libraron del hastío mortal. Se lo agradezco mucho.

El funcionamiento singular de mi memoria me impidió que aprovechara los estudios generales. Al contrario de mis condiscípulos, que aprendían ligeramente la diaria lección y la olvidaban con la misma ligereza, yo nunca estudié lo indispensable para lucirme, y en cambio retuve sin esfuerzo lo que me era grato aprender; por lo cual mis adquisiciones intelectuales nunca fueron oportunas. Pero esta disposición me ha sido muy provechosa, por haberme alejado de los exámenes y los concursos que abrumaban los cerebros con sus preparaciones complicadas; y acaso le deba también la lozanía de las ideas que disfruto a falta de otras cualidades. Indudablemente no era propicio a una enseñanza en masa que

sólo se dirige a la memoria, a la memoria mecánica y no a la memoria estética, no a la divina Mnemossyna, madre de las Musas. En realidad tampoco sería imposible que me inspirase ahora estas ideas un resto de odio adormecido en el fondo de mi alma contra Fontanet, cuya memoria, rápida como las victorias de César, triunfante, insolente, me produjo a la vez admiración y envidia.

Sufrió a los diez y seis años un endiablado examen que se llama bachillerato, y que parece a propósito para envilecer al mismo tiempo a los aspirantes y a los examinadores. Entonces había bachillerato en Ciencias y bachillerato en Letras. Yo seguí el segundo, peor que el primero, porque se comprende que se le pida razón a un pobre muchacho de lo que es la máquina neumática y de lo que representa el cuadrado de la hipotenusa, pero interrogar a los estudiantes acerca de sus relaciones con las Musas eliconas, es una odiosa profanación. Necesitábamos dos días para demostrar nuestros conocimientos. El primero hacíamos la prueba escrita, y el segundo la prueba oral.

En la mañana del segundo día, mi querida madre me dió una moneda de cinco francos para que almorzara en la plaza de la Sorbona y suprimir de este modo la eventualidad de un retraso. Como entonces mi espíritu era romántico, me guardé la moneda, me compré un panecillo y me fui a comerlo en lo más alto de la torre de Nuestra Señora, desde donde mis ojos dominaban todo París. El Sena

corría entre los tejados, las cúpulas y los campanarios, y en la azulosa lejanía se alargaba su corriente como un hilo de plata entre las verdes laderas. Yo tenía bajo mis pies mil quinientos años de glorias, de virtudes, de crímenes y de miserias, amplio asunto de meditación para mi inteligencia inhábil e informe aún. Ignoro lo que me ocurrió; pero cuando llegué a la Sorbona era ya tarde: me había pasado el turno. Nunca se vió nada parecido. Me acusé. No me creyeron. La verdad resultó inverosímil; pero inscribieron mi nombre al final de la lista. Los examinadores ya estaban fatigados, impacientes; me preguntaron que probase la existencia de Dios, y lo hice sin vacilar. Un examinador muy sabio, que se llamaba Hase, fué más ingenioso que sus colegas. Repantigado en su silla, con las piernas cruzadas, mientras acariciaba su tobillo me preguntó si el Ródano desembocaba en el lago Ontario. No me atreví a decirle que no por miedo a cometer una imprudencia, y callé, por lo cual me reprochó mi falta de conocimientos geográficos.

En el quicio de la vieja Sorbona sacudí el polvo de mis zapatos.